Conferencia General de la Iglesia de Dios
SGAR/18/93

EL HERALDO DE LA BIBLIA

JULIO - AGOSTO - SEPTIEMBRE

2026









www.cgiglesiadedios.online

Contenido

Julio - Agosto - Septiembre 2026

05 **Amarás al Señor tu Dios**
Doctrina

09 **Andar en el espíritu**
Doctrina

14 **Complice del pecado**
Doctrina

20 **El valle lleno de huesos**
Profecia

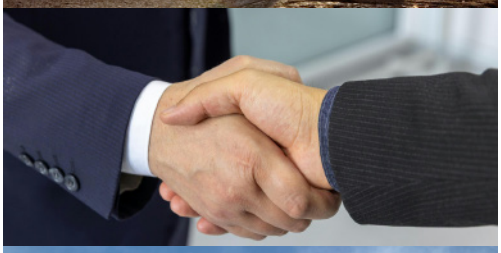
26 **El verdadero arrepentimiento**
Evangelismo

32 **¿Qué bien haré para obtener la vida eterna?**
Evangelismo

40 **¿Qué espera Dios de mi y cuanto necesito para cambiar?**
Evangelismo

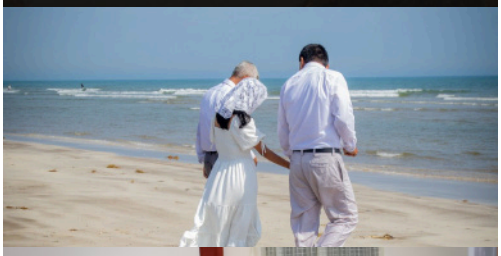














Directorio

Presidente
Min. Moises Cruz Juárez
presidente@cgiglesiadedios.org.

Vicepresidente
Min. Lorenzo Rivas García
vicepresidente@cgiglesiadedios.org

Secretario General
Min. Encarnacion González Martínez
secretario@cgiglesiadedios.org.

Tesorero General
Min. David Uzziel Vázquez Moreno
terorero@cgiglesiadedios.org.

Comision de Asuntos Ministeriales
Min. Melquisedec Ángeles Antonio
cam@cgiglesiadedios.org.

Comision de Asuntos Doctrinales
Min. Andrés Gutiérrez Bernal
cad@cgiglesiadedios.org.

Comision de Asuntos Administrativos
Min. Habiram González Martínez
caa@cgiglesiadedios.org.

Consejo Editorial
Min. Abel Cruz García
editorial@cgiglesiadedios.org.

CONFERENCIA GENERAL DE LA IGLESIA DE DIOS | Diseño, edición e impresión bajo la supervisión del Consejo Editorial. Registro constitutivo SGAR 18/93. Revista El Heraldo de la Biblia, Juio, Agosto, Septiembre 2026, es una publicación trimestral editada por la Conferencia General de la Iglesia de Dios, Oficinas generales: Calle Norte 66 No. 3731 Col. Martires de Rio Blanco C.P 07830, Ciudad de México. Apartado postal 131-039. www.cgiglesiadedios.online.

Editorial

Al corazón contrito y humillado no despreciarás tú Oh Dios

Hay momentos en la vida que todo ser humano desearía borrar de su memoria. En las Sagradas Escrituras ubicamos historias de mujeres y hombres que tomaron malas decisiones que incluso los orilló a quitarse la vida por considerar sus actos como imperdonables, otros osaron esconder su pecado sin éxito hasta que todo salió a la luz. El Salmo 51 testifica acerca de un varón que concluyó que su pecado era contra su alma, y ello lo entristecía muchísimo al grado de clamar: ***«Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia: conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones». «Esconde tu rostro de mis pecados, Y borra todas mis maldades»*** (Salmo 51:1,9).

Amados lectores les saludamos respetuosamente con el saludo de nuestro Señor Jesucristo. ¡Paz a vosotros!

El varón que mencionamos al inicio también declaró estas hermosas palabras: ***«Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos y estuvo en camino de pecadores»*** (Salmo 1:1). En efecto hablamos del rey David. Lo mencionamos como evidencia que sabía bien que era hacer lo correcto y lo que no era correcto. También nos demuestra a todos sus siervos que no podemos confiarnos jamás pues el pecado siempre está a la puerta.

No hace falta decir que el pecado está cercano, acechando a cada uno de nosotros, como esperando el más mínimo descuido para atraparnos. El apóstol Pedro menciona «...que vuestro adversario el diablo anda como león rugiente buscando a quien devore» (1ª. Pedro 5:8).

En el caso que mencionamos, el rey David comprendió la magnitud de sus actos cuando falló a su Dios y entendió que no había caído por ignorancia. «Porque yo reconozco mis rebeliones; Y mi pecado está siempre delante de mí.» (Salmo 51: 3).

Retomar su historia nos ayuda a entender qué el apego a pecar no es un acto que aparece de repente en los hijos de Dios sino que es como un mal que poco a poco se adhiere a la piel, por eso oraba diciendo: «Lávame más y más de mi maldad, Y límpiame de mi pecado» (Salmo 51:2). ¿Alguna vez ha sentido esa necesidad? El rey David nos deja testimonio de cuánto le importaba volver a Dios. «No me eches de delante de ti; Y no quites de mí tu santo espíritu.» e insistió diciendo: «Vuélveme el gozo de tu salud; Y el espíritu libre me sustente» (Salmo 51: 11-12).

Este ejemplo de vida es hermoso porque nos muestra el camino que nos lleva a Dios, a cómo lograr que el pecado no se enseñoree de nadie. Para vencer el pecado inicia por reconocer cómo está nuestra condición espiritual delante de Dios. «He aquí, tú amas la verdad en lo íntimo: Y en lo secreto me has hecho comprender sabiduría» (Salmo 51:6).

¿Qué nos enseña esta historia?

Hoy sabemos que el rey David sufrió un quebrantamiento de espíritu. Aquel hombre valiente quien fuera terrible contra sus enemigos cayó rendido ante su Dios por causa de su pecado, pero fue en esos precisos momentos de vulnerabilidad cuando Dios comenzó a restaurar su alma. La historia de este varón no es muy distinta a la nuestra, nos recuerda que lo que escondemos no desaparece solo por desearlo o rogar en oración, pero si el camino correcto, ahora entendemos que es de valientes reconocer nuestros errores, ahora entendemos la profundidad de sus palabras: «tu misericordia es mejor que la vida: Mis labios te alabarán…». Lea Salmo 63:3. Pero es preciso entender que Él espera de nosotros un verdadero arrepentimiento, que él desea darnos vida, y que su gracia divina nos reconforta justo cuando nuestra alma está herida y vemos cuán difícil es vivir sin tener a Dios, son en esos momentos cuando Dios está haciendo algo grande en nosotros para lograr transformar nuestra vida de secadal en un manantial de paz por su perdón.

Amados míos, los invitamos a meditar en cada uno de estos temas donde analizaremos entre otros contenidos el fenómeno del pecado el cual ciertamente es tan antiguo como vigente, engañoso, progresivo y destructivo que además de hacer estragos en el rey David arrastró a otros en su pecado. Lo que nos confirma que la carne siempre busca lo suyo. «Porque la carne codicia contra el Espíritu, y el Espíritu contra la carne: y estas cosas se oponen la una á la otra, para que no hagáis lo que quisieres». (Gálatas 5:17) sin embargo el espíritu de Dios nos guía a hacer su voluntad, y nos ayuda a transformar el pecado que es para muerte en vida plena, en entrega total a una adoración sincera, de amor a los Mandamientos de Dios, a una dependencia como la de aquel siervo que brama por la corrientes de las aguas, así clamemos a Dios con todo nuestro corazón, estemos apercibidos a no ignorar su llamado, vivimos días peligrosos, las profecías se están cumpliendo, no perdamos mas el tiempo y volvamos a Dios en tanto que está cercano. Solo Recuerde: Al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios.

Fraternalmente Consejo Editorial

Amarás al Señor *tu Dios*



MIN. IGNACIO HERNÁNDEZ CHÁVEZ

***«Y Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y de toda tu mente»*. Mateo 22:37.**

Objetivo: Enfatizar que Dios es nuestro sustentador, que sólo a Él se le debe la honra y la gloria, y que no existe otro semejante a Él.

El amor es un tema que debe conocerse con exactitud y precisión debido a que hay un mandamiento por cumplir en relación con Dios. De tal manera, que es muy importante saber la forma en cómo se puede cumplir con dicho mandamiento sobre el amor a Dios, tal y como lo expresó el Señor Jesucristo: ***«Y Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y de toda tu mente»*** (Mateo 22:37).

Por falta de conocimiento, muchas personas se confunden con el concepto «querer». Este concepto está a nivel de los sentimientos que se manifiestan en la parte humana. Es manipulable a conveniencia personal y, además, en muchas ocasiones condicionado a una respuesta de atención hacia la misma persona que lo demanda. Por ejemplo, la pregunta «¿me quieres?» mueve los sentimientos a beneficio de la persona que requiere esa atención; pero cuando la respuesta es negativa genera tristeza o decepción.



Los jovenes y su relacion de amistad...

al buscar aceptación para conseguir pareja, dicen frases afectivas como «te estimo», «te quiero», «te amo». Esta última frase es la que analizaremos, ya que para nuestro objetivo es de suma importancia. El amor no está a nivel de la parte humana, ya que es de origen divino, es decir, su origen está en Dios.

Cualquiera que ama es nacido de Dios y conoce a Dios. Por el contrario, el que no ama no conoce a Dios por que Dios es amor, y para poder amar se tiene que nacer de Dios: ***«Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es»*** (Juan 3:5-6).



Dios es espíritu y su Hijo también. De igual manera, los que adoran a Dios es necesario que sean espirituales, o dicho de mejor manera, que seamos nacidos del espíritu, ya que es la única forma de adorar a Dios: ***«Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren»*** (Juan 4:23-24).

Como podemos ver, el amor no es un sentimiento. El amor es Dios, y solo los nacidos de Él pueden amar. El amor es una consecuencia espiritual del nacimiento en Dios y de su conocimiento. La iglesia puede amar porque la simiente de Dios está en ella, y no puede manipular el amor, porque no es de ella, sino exclusivo de Dios.

El que es nacido de Dios ama y tiene la capacidad de guardar los mandamientos, porque tiene el mismo espíritu de su Padre: ***«Si me amáis, guardad mis mandamientos»*** (Juan 14:15). Esta acción pareciera simple; sin embargo, en nuestros días hay muchos que con sus palabras dicen amar a Dios, pero no guardan sus mandamientos.

El apóstol Pablo escribe: ***«El amor sea sin fingimiento...»*** (Romanos 12:9). El amor verdadero, el de Dios, no se puede fingir. Si en algún momento surge algún problema, por tener el espíritu de Dios lo arreglamos de inmediato y no pasaría a mayores, porque el amor se manifiesta en el fruto del espíritu, que controla toda la gama de sentimientos humanos que nos distancian de Dios y sus propósitos. En el amor no pasa nada, no hay ningún problema. El hombre espiritual tiene presente en su vida el fruto del espíritu.

La contienda no es una práctica de los hijos de Dios. El apóstol Pablo escribe: ***«La caridad es sufrida, es benigna; la caridad no tiene envidia, la caridad no hace sinrazón, no se ensancha; No es injuriosa, no busca lo suyo, no se irrita, no piensa el mal; No se huelga de la injusticia, mas se huelga de la verdad; Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. La caridad nunca deja de ser»*** (1 Corintios 13:4-8). Esto último nos confirma que caridad es sinónimo de amor, y el amor nunca deja de ser, porque el amor es de Dios; por tanto, como Dios es eterno, así también lo es el amor que fluye de esa esencia divina espiritual. Dios nos permite ser como Él, que ama a toda su creación, sin acepción de pueblo, lengua y linaje.

El amor no consiste en esperar que alguien te ame. Si las personas quieren amar ¡Qué bueno por ellas! Pero lo realmente importante es que el que tiene a Dios ame a sus hermanos: ***«Y nosotros tenemos este mandamiento de él: Que el que ama á Dios, ame también á su hermano» (1 Juan 4:21). No se puede amar a Dios si antes no se ama a los hermanos: «Si alguno dice, Yo amo á Dios, y aborrece á su hermano, es mentiroso. Porque el que no ama á su hermano al cual ha visto, ¿cómo puede amar á Dios á quien no ha visto?»*** (1 Juan 4:20).



Por esta causa, en un acto de humildad y fe podemos reconocer que el mandamiento mencionado por el Señor Jesucristo (Mateo 22:37) es una encomienda muy profunda para personas convertidas, que aceptan nacer de nuevo en una vida espiritual disciplinada, de acuerdo a la moral que establece el mismo Dios, y que en sus vidas reconocen que Dios es nuestro sustentador y que día a día Él merece la honra y la gloria por que no existe nada semejante a Él. Solamente con ver su creación surge en el corazón la alabanza y la gratitud de ser elegidos, para darle el honor que merece. Es en la vida de amor que Dios nos da donde el hombre encuentra la razón de su existencia, la razón por la cual fue creado: ***«Todos los llamados de mi nombre; para gloria mía los críe, los formé y los hice»*** (Isaías 43:7).

Esta es la condición espiritual óptima para cumplir el mandamiento: ***«Y Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y de toda tu mente»*** (Mateo 22:37). Es decir, amar a Dios con todo lo que eres, desde tus pensamientos hasta tu osamenta, en santidad y fe, si Dios nos ha amado así, no podemos hacer menos lo que hemos recibido: ***«Porque ¿quién soy yo, y quién es mi pueblo, para que pudiésemos ofrecer de nuestra voluntad cosas semejantes? porque todo es tuyo, y lo recibido de tu mano te damos»*** (1 Crónicas 29:14).

Es Dios quien nos ha escogido para ser sus hijos. Esto no surge ahora, sino desde hace mucho tiempo antes de que lo conociéramos: «Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él en amor» (Efesios 1:4). El concepto de amor es en el sentido de amistad. Dios quiere amistarse con el hombre y darle salvación. Es por eso que le da todo lo necesario para poder recibir esta bondad. Es en la dimensión de Dios donde se vive el amor. Esta dimensión es espiritual y única, no hay otra, por que fluye de Dios.

Imagínate qué atención tan grande viene a ti de parte de Dios, que desde los cielos quiere bendecirte, es decir, que la Suprema Deidad del universo te visite en tus necesidades y escuche las oraciones que eleves. No podría ser si Dios no te amara. Él es amor, la fuente inagotable del amor, y quiere que tú, como hijo suyo, le correspondas de la misma manera, con toda tu mente y todas tus fuerzas.

¡Paz a vosotros!

Min. Ignacio Hernández Chávez

Andar EN EL ESPÍRITU

MIN. HÉCTOR TUN AMAYA

El mundo se encuentra en maldad y no pueden examinar las cosas espirituales porque viven una vida carnal. Pero los que andan en el espíritu, sus pasos son ordenados y sus comportamientos son espirituales, porque su fe y su mente están exclusivamente en Cristo. El apóstol Pablo testifica: «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y vivo, no ya yo, mas vive Cristo en mí: y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó, y se entregó á sí mismo por mí» (Gálatas 2:20). Como hijos de Dios, crucificamos nuestra carne y sus deseos cuando venimos a Jesús y lo aceptamos. Así demostramos nuestro arrepentimiento y lo confirmamos con nuestro bautismo.



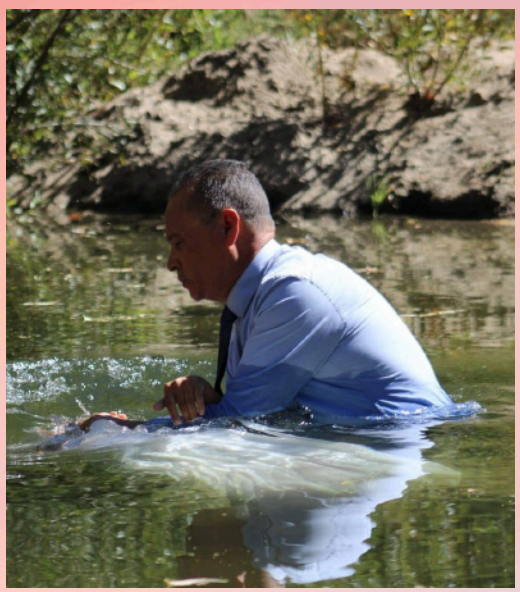


En una ocasión, hubo un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo, príncipe de los judíos: «Este vino á Jesús de noche, y díjole: Rabbí, sabemos que has venido de Dios por maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no fuere Dios con él. Respondió Jesús, y díjole: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere otra vez, no puede ver el reino de Dios.

Dícele Nicodemo: ¿Cómo puede el hombre nacer siendo viejo? ¿puede entrar otra vez en el vientre de su madre, y nacer? Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer otra vez.

El viento de donde quiere sopla, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni á dónde vaya: así es todo aquel que es nacido del Espíritu. Respondió Nicodemo, y díjole: ¿Cómo puede esto hacerse? Respondió Jesús, y díjole: ¿Tú eres el maestro de Israel, y no sabes esto? De cierto, de cierto te digo, que lo que sabemos hablamos, y lo que hemos visto, testificamos; y no recibís nuestro testimonio» (Juan 3:1-11). Jesús le da una enseñanza contundente: para poder entrar en el reino de Dios tenía que nacer de nuevo.

El día de hoy hay muchos que tienen años en la iglesia y no saben diferenciar entre el nacimiento de la carne y el nacimiento del espíritu como Jesús dijo: «Lo que es nacido de la carne, carne es». El nacido de carne no puede heredar el reino de Dios, mas el nacido del espíritu alcanzará el reino.



Cuando uno nace y llega a la edad de su juventud, el pecado empieza a manifestarse en la carne y se vive de manera pecaminosa, lo que lleva a la condenación. La palabra de Dios dice: ***«si viviereis conforme á la carne, moriréis»*** (Romanos 8:13).

Pero, ¿qué es vivir conforme a la carne? Pablo responde: «Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, disolución, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, banqueteos, y cosas semejantes á éstas: de las cuales os denuncio, como ya os he anunciado, que los que hacen tales cosas no heredarán el reino de Dios» (Gálatas 5:19-21). Sin embargo: ***«Y esto erais algunos: mas ya sois lavados, mas ya sois santificados, mas ya sois justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios»*** (1 Corintios 6:11).

Todos los que nos hemos bautizado, recibimos de Dios el perdón de todos nuestros pecados, ya que Él los echó a lo profundo del mar (Miqueas 7:19) cuando decidimos seguir a Cristo: «¿O no sabéis que todos los que somos bautizados en Cristo Jesús, somos bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él á muerte por el bautismo; para que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida. Porque si fuimos plantados juntamente en él á la semejanza de su muerte, así también lo seremos á la de su resurrección: Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre juntamente fué crucificado con él, para que el cuerpo del pecado sea deshecho, á fin de que no sirvamos más al pecado» (Romanos 6:3-6).

Cristo Jesús, el Hijo de Dios, nos ha dado la oportunidad de nacer de nuevo, haciendo morir nuestros deseos carnales para que ya no vivamos en la carne, sino para que andemos conforme al espíritu: «Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme á la carne, mas conforme al espíritu» (Romanos 8:1).

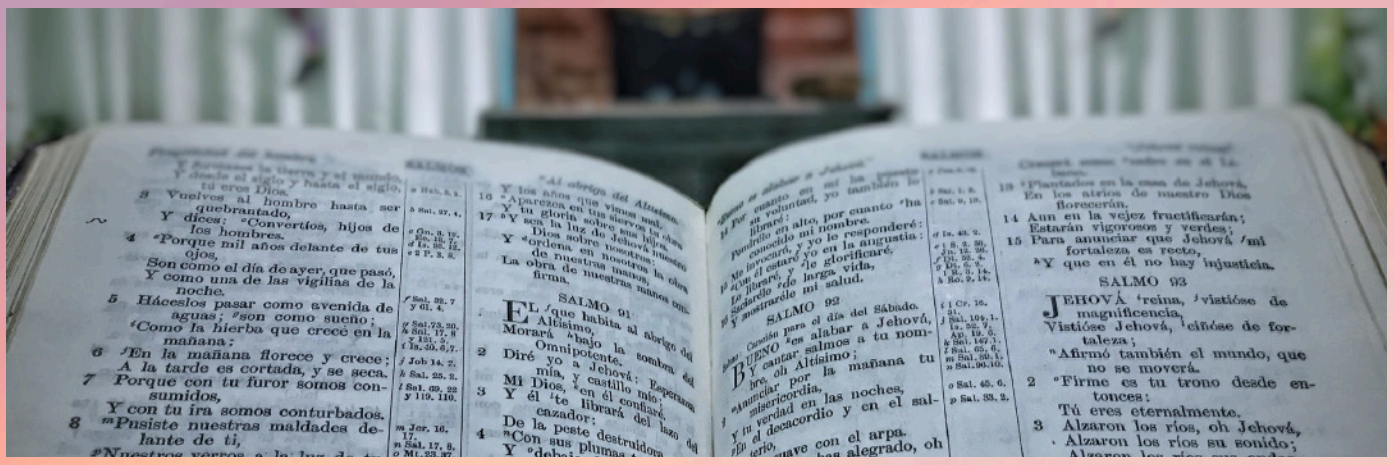
¿Qué es andar en el espíritu?

La Escritura menciona: ***«No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Santifícalos en tu verdad: tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, también los he enviado al mundo. Y por ellos yo me santifico á mí mismo, para que también ellos sean santificados en verdad»*** (Juan 17:15-19).

Ahora ya no pertenecemos al mundo, sino que pertenecemos a Cristo. Él se santificó para santificarnos y vivir en obediencia como hijos de Dios, guardando su palabra y sus mandamientos, que son espíritu y vida.

Porque ahora el espíritu de Cristo está en nosotros, y el espíritu nos lleva a la oración, al ayuno y a la lectura de las Sagradas Escrituras, a hacer bien a nuestro prójimo, llevándole el evangelio a las puertas de su casa. Ahora somos guiados por su espíritu y buscamos cada día perfeccionar el fruto del espíritu, que son: «caridad, gozo, paz, tolerancia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza: contra tales cosas no hay ley. Porque los que son de Cristo, han crucificado la carne con los afectos y concupiscencias. Si vivimos en el Espíritu, andemos también en el Espíritu» (Gálatas 5:22-25).

Si tenemos el espíritu de Cristo, ¿qué es andar en el Espíritu? Pablo dice: «Y nosotros hemos recibido, no el espíritu del mundo, sino el Espíritu que es de Dios, para que conozcamos lo que Dios nos ha dado; Lo cual también hablamos, no con doctas palabras de humana sabiduría, mas con doctrina del Espíritu, acomodando lo espiritual á lo espiritual» (1 Corintios 2:12-13). Entendemos que la doctrina que tenemos es del espíritu. Tenemos que obedecerla, no solamente de palabras, sino también con nuestros hechos.



Consideremos dos aspectos:

1. La ley de la alimentación: Recordemos que nuestro cuerpo es templo del espíritu de Dios. El profeta Daniel ***«propuso en su corazón de no contaminarse en la ración de la comida del rey, ni en el vino de su beber: pidió por tanto al príncipe de los eunucos de no contaminarse»*** (Daniel 1:8). Como hijos de Dios, tenemos que santificar el templo del espíritu, no contaminarlo comiendo cosas inmundas, ni tampoco bebiendo bebidas alcohólicas u otras sustancias que contaminen nuestro cuerpo, para poder decir lo que dijo el apóstol Pedro: «Señor, no; porque ninguna cosa común é inmunda he comido jamás» (Hechos 10:14). Esto es andar en el espíritu, porque estamos guardando la doctrina de Dios.

2. Amortiguar los deseos carnales: Pablo menciona: ***«Ninguno que milita se embaraza en los negocios de la vida; á fin de agradar á aquel que lo tomó por soldado»*** (2 Timoteo 2:4). Nosotros, que andamos en el espíritu, no debemos mezclarnos con la concupiscencia del mundo, porque los que andan conforme a esto no pueden agradar a Dios. Luego también se dice: «No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él.

Como hijos de Dios, debemos caminar en obediencia y santidad, porque esta es la voluntad de Dios, y no en lugares que contaminan nuestra espiritualidad, como las fiestas paganas y tradiciones del mundo (navidad, año nuevo, día de muertos, carnavales, etc.). La palabra de Dios nos dice que dos varones les dijeron: ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? (Lucas 24:5). Todos aquellos que viven de esa manera están muertos espiritualmente, pues allí no está el espíritu de Dios. Por lo tanto, como iglesia de Dios, no debemos participar, ni siquiera indirectamente, en acciones injustas, porque seríamos cómplices del pecado y, por consecuencia, Dios nos rechazaría como hijos suyos.



¿Dónde está el espíritu de Dios? Está en los hijos obedientes que buscan estar en la casa de oración todos los sábados para darle gloria a Dios, y estar todos los días en comunión con Él, haciendo las cosas justas. También asistiendo a las reuniones juveniles, femeniles, varoniles y cultos de avivamiento, ya sea presencialmente o por plataformas digitales.

El espíritu de Dios también se manifiesta cuando ayudamos a las viudas, huérfanos, enfermos y aquellos que sufren necesidades. Este es el ejemplo que nos dejó Jesús: ***«Mas el que guarda su palabra, la caridad de Dios está verdaderamente perfecta en él: por esto sabemos que estamos en él. El que dice que está en él, debe andar como él anduvo»*** (1 Juan 2:5-6).

¡Paz a vosotros!
Min. Héctor Tun Amaya



COMPLICE DEL PECADO

MIN. ELIAS VELASCO NERI

Amados hermanos en la fe en Cristo Jesús me es grato saludarles ¡Paz a vosotros!

Lectura bíblica: Hechos 5:1-11.

Objetivo: Orientar a la Iglesia que cuando participamos de manera indirecta en acciones injustas estamos siendo partícipes y cómplices del pecado, y como consecuencia siempre traeremos resultados nada agradables.

La historia de Ananías y Safira nos confronta con una realidad incómoda. No fue un error impulsivo ni una caída momentánea. Fue un plan. Una decisión compartida. Ambos acordaron aparentar una entrega total que en realidad no existía. No solo mintieron, sino que eligieron sostener la mentira juntos. Lo más impactante no es únicamente el engaño, sino la complicidad.

Según la Real Academia Española (RAE), el término cómplice se refiere a la persona que, sin ser autora de un delito o falta, coopera en su ejecución mediante actos anteriores o simultáneos. Así lo ejemplifica el relato bíblico del matrimonio de Ananías y su esposa Safira, quien colabora con él para defraudar el precio de la heredad vendida, lo que trae como consecuencia la muerte de ambos por su complicidad.

El apóstol Pedro menciona dos aspectos a Ananías, las cuales fueron motivo de pecar contra Dios y confundir a su esposa; por ende, convertirla en cómplice de pecado: 1.- ***«Y dijo Pedro: Ananías, ¿por qué ha llenado Satanás tu corazón á que mintieses al Espíritu Santo, y defraudases del precio de la heredad?»*** (Hechos 5:3). 2.- ***«¿Por qué pusiste esto en tu corazón? No has mentido á los hombres, sino á Dios»*** (Hechos 5:4).

El primer aspecto es la mentira. Nuestro Señor Jesucristo refiere a los judíos que Satanás es padre de la mentira, todo lo opuesto a la verdad, el origen de todo engaño, mentiroso por naturaleza. Ananías había dejado entrar en su corazón a Satanás, y como lo vemos en el relato bíblico, maquinó en su corazón un falso testimonio. No le mintió al hombre, sino al espíritu santo, lo que significa que no tendría perdón como lo refiere Mateo 12:32: ***«Y cualquiera que hablare contra el Hijo del hombre, le será perdonado: mas cualquiera que hablare contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este siglo, ni en el venidero».*** Es triste y lamentable cuando alimentamos más a nuestra carne que a nuestro espíritu, como Ananias.

El segundo aspecto es concebir el pecado. El apóstol Pedro cuestiona esta lamentable situación a Ananías y lo reconvenía con palabras duras, sin embargo, vemos a más de la dureza del corazón de Ananias, la debilidad espiritual que lo llevó a cumplir el ciclo del pecado: ***«Y la concupiscencia, después que ha concebido, pare el pecado: y el pecado, siendo cumplido, engendra muerte»*** (Santiago 1:15). Así es como Ananias concibió el pecado en su corazón e involucró a su esposa, haciéndola cómplice del pecado.





Ahora veamos cómo Safira se convirtió en cómplice de pecado, tomando en consideración la definición de cómplice (mencionada anteriormente). De acuerdo con el relato bíblico vemos que primero se presentó Ananías ante el apóstol Pedro, después de aproximadamente 3 horas llegó Safira sin estar enterada aún que su marido había muerto ya.

Tal vez con una sonrisa en el rostro saludando a los hermanos que se encontraban en aquel lugar y quizá esperando agradecimientos por el acto que su esposo y ella habían realizado, sin embargo, para todos aquellos que se encontraban en aquel lugar no era nada grato, pues su corazón estaba de luto por la muerte de Ananias, y es así como el apóstol Pedro le cuestiona sobre la venta de la posesión y le realiza dos preguntas: ***«Entonces Pedro le dijo: Dime: ¿vendisteis en tanto la heredad? Y ella dijo: Sí, en tanto. Y Pedro le dijo: ¿Por qué os concertasteis para tentar al Espíritu del Señor? He aquí á la puerta los pies de los que han sepultado á tu marido, y te sacarán»*** (Hechos 5:8-9).

Podemos apreciar en la primera pregunta, el cinismo de Safira al contestar afirmativamente aun sabiendo que eso era totalmente falso. Distinguimos cómo esta pareja había dejado entrar a Satanás en su corazón. Nuestro Dios nos libre de llegar a ese grado de concupiscencia.

La palabra de Dios nos aconseja y orienta a confesar y apartarnos de nuestro pecado: ***«El que encubre sus pecados, no prosperará: Mas el que los confiesa y se aparta, alcanzará misericordia»*** (Proverbios 28:13).

En la segunda pregunta, refiere el apóstol Pedro: «¿por qué os concertasteis?» lo que significa que había un acuerdo para mentir al espíritu santo.



Quiero considerar al sumo sacerdote Elí, cuando exhorta a sus hijos diciéndoles: ***«Si pecare el hombre contra el hombre, los jueces le juzgarán; mas si alguno pecare contra Jehová, ¿quién rogará por él? Mas ellos no oyeron la voz de su padre, porque Jehová los quería matar»*** (1° Samuel 2:25). Cuando nuestro corazón se endurece nuestro pecado crece cada vez más. Safira tuvo la oportunidad de romper el ciclo. De decir la verdad. No participar. Pero decidió mantenerse en el acuerdo. Y ahí está una de las enseñanzas principales de esta historia: callar ante el pecado también es participar en él. Y no omitir la actualidad de ese pecado. Hoy, esta realidad sigue presente, aunque de formas más sutiles.

Somos cómplices cuando:

- Justificamos lo incorrecto por lealtad a alguien.
- Guardamos silencio para evitar incomodidad.
- Encubrimos acciones que sabemos que no agradan a Dios.
- Aplaudimos lo que deberíamos confrontar con amor.

El resultado de ser cómplice trae amargura y dolor, pero sobre todo deja una profunda duda sobre nuestra honestidad, por lo que nuestros actos frente a los demás genera una desconfianza destructiva basada en el miedo o la traición.

Amados hermanos, el pecado de complicidad quedó prohibido por nuestro Dios. Fue escrito en su momento por Moisés y quedó para nuestra enseñanza: «Y cuando alguna persona pecare, que hubiere oído la voz del que juró, y él fuere testigo que vió, ó supo, si no lo denunciare, él llevará su pecado» (Levítico 5:1). Vemos entonces que, Safira al ser cómplice del pecado recibió su salario como está establecido, la paga del pecado es muerte (Romanos 6:23).







A veces confundimos amor con complicidad, como lo vemos en Ananias y Safira. Pensamos que apoyar a alguien es no cuestionarlo, no incomodarlo, no señalar. Pero el verdadero amor no protege el error, sino que busca la verdad. No encubre el pecado, sino que guía al arrepentimiento.

Finalmente, la enseñanza de la palabra de nuestro Dios nos exhorta a amar a nuestro hermano, lo cual refiere que debemos reprenderlo para no ser cómplice de su pecado: «No aborrecerás á tu hermano en tu corazón: ingenuamente reprenderás á tu prójimo, y no consentirás sobre él pecado» (Levítico 19:17).

¡Paz a vosotros!
Min. Elías Velasco Neri

EL VALLE LLENO DE HUESOS

MIN. ABEL CRUZ GARCIA

«... Nuestros huesos se secaron, y pereció nuestra esperanza, y somos del todo talados» (Ezequiel 37:11).

Este mensaje profético en el libro de Ezequiel refleja el clamor de un pueblo que se siente sin vida, sin futuro y sin fuerzas. Es la voz de Israel en el exilio a través de los años, convencido de que su historia terminó y de que no hay posibilidad de restauración.

La imagen del valle de los huesos secos comunica muerte, necesidad espiritual y ausencia de vigor. Esta parece ser la situación de un pueblo que ya no ve salida y que reclama una patria. Esta misma visión prepara el terreno para la visión de los huesos secos que reviven tomando un nuevo cuerpo. Esta misma desesperanza del pueblo israelita abre espacio para la acción de Dios, que promete dar espíritu y vida.

EN EL AÑO DE 1897

Se lleva a cabo el Primer Congreso Sionista en Basilea, convocado por Herzl, lo que marcó el inicio del sionismo como movimiento político organizado. Allí se definió el objetivo: **Establecer un hogar nacional para el pueblo judío en Palestina. La tierra de Israel ha sido reclamada por árabes y judíos desde hace un poco más de veinticinco siglos,** y desde que Israel se proclamó nación en 1948 los vecinos árabes han hecho guerra constante contra Israel, muchos árabes reclaman la tierra argumentando la promesa hecha por Dios a Abraham: «A tu simiente daré esta tierra desde el río de Egipto hasta el río grande, el río Eufrates» (Génesis 15:18).



El viejo pacto hecho por Dios con Moisés e Israel en el desierto consistía en cumplir todos los mandamientos a cambio de hacerlos llegar a la tierra prometida. Moisés entonces selló el pacto así: ***«tomó la sangre, y roció sobre el pueblo, y dijo: He aquí la sangre de la alianza que Jehová ha hecho con vosotros sobre todas estas cosas»*** (Éxodo 24:8).

Dios cumplió su promesa siendo Josué el caudillo en turno para llevar al pueblo a la tierra de Canaán. Posteriormente, Israel fue dirigida por jueces y más tarde por reyes. Fue en esta etapa cuando el pueblo fue dividido en dos partes (el reino del norte y el reino del sur). Ambos pueblos, por su rebeldía y por fallar al pacto antiguo, fueron llevados a esclavitud por el Imperio Asirio (721 a. C.) y por el Imperio de Babilonia (606 a.C.), la profecía del castigo a Israel se cumplía como lo describe el profeta Jeremias: ***«Porque así ha dicho Jehová: He aquí yo te pondré en espanto á ti, y á todos los que bien te quieren, y caerán por el cuchillo de sus enemigos, y tus ojos lo verán: y á todo Judá entregaré en mano del rey de Babilonia, y los trasportará á Babilonia, y herirálos á cuchillo»*** (Jeremías 20:4).





"SI AUN CON ESTO NO ME OYEREIS, SINO QUE PROCEDIEREIS CONMIGO EN OPOSICIÓN, YO PROCEDERÉ EN CONTRA DE VOSOTROS CON IRA, Y OS CASTIGARÉ AÚN SIETE VECES POR VUESTROS PECADOS". LEVÍTICO 26:27-28.

La segunda parte en la historia de este pueblo sufrido, tomó acción posteriormente a la muerte del Señor Jesús, quien precisamente profetizó el exilio de su pueblo después de la destrucción del templo en el año 70, en la destrucción romana, en el periodo conocido como la rebelión judía. Tito Flavio Vespasiano, quien más tarde sería el emperador de Roma, en el año 70 d. C., atacó Jerusalén y la destruyó arrasando completamente la ciudad y destruyendo su mayor símbolo espiritual, que era el templo. Muchos judíos tuvieron que dispersarse, evento llamado como la «diáspora judía». Uno de los castigos más duraderos que cayó sobre el pueblo de Israel por causa de su rebelión, fue vivir errantes, sin patria, peregrinos en el mundo tal como lo dice la Escritura.

Definiendo los siete tiempos de esta profecía, que comenzaron con la cautividad de Israel en Babilonia en el año 606 hemos de considerar la regla profética de Ezequiel 4:6 "día por año te daré" y calcular los años que representa esta parte de la profecía.De acuerdo a los días del calendario judío de 360 días tenemos el siguiente resultado que 360 x 7 = 2520, es decir 2520 años del pueblo judío errantes por el mundo.

ENTRE 1914 Y 1917

Cumpliéndose así las palabras de Dios en la profecía: “Y caerán á filo de espada, y serán llevados cautivos á todas las naciones: y Jerusalén será hollada de las gentes, hasta que los tiempos de las gentes sean cumplidos”. Lucas 21:24.

Israel fue disperso en el mundo, y muchos judíos de la diáspora anhelaron regresar a Israel durante siglos, muchas guerras tuvieron que sufrir por la idea de recuperar su territorio, después del imperio anárquico de roma, vino el imperio de Bizancio (639) y más tarde las llamadas cruzadas desde el año 1099 hasta el año 1291, posteriormente vino el imperio otomano e Israel vivió sometida durante cuatro siglos desde el año 1517 hasta 1917. Ahora bien, si consideramos la suma de las fechas... nos llevarán al año de 1914.
606 a.C. + 2520 años = 1914 d.C.

¿Qué sucede en el año de 1914?

Estalló la primera guerra mundial como un azote de Dios por la aflicción de su pueblo, después de esta fecha la profecía indica que tenían que pasar 3 veces. “Del revés, del revés, del revés la tornare, y no será esta más, hasta que venga aquel cuyo es el derecho y se la entregare”. Ezequiel 21:27.







Ocurrió un hecho clave para el movimiento sionista, el ministro de Asuntos Exteriores británico, Arthur James Balfour, emitió una declaración en donde se promovía la idea del establecimiento de una patria en Palestina para el pueblo judío (la llamada Declaración Balfour).Aquí se empieza a cumplir la profecía de Ezequiel con el retorno de judíos a su nación. “Y os sacaré de entre los pueblos, y os juntaré de las tierras en que estáis esparcidos, con mano fuerte, y brazo extendido, y enojo derramado: Y os he de traer al desierto de pueblos, y allí litigaré con vosotros cara á cara. Como litigué con vuestros padres en el desierto de la tierra de Egipto, así litigaré con vosotros, dice el Señor Jehová. Y os haré pasar bajo de vara y os traeré en vínculo de concierto; Y apartaré de entre vosotros los rebeldes, y los que se rebelaron contra mí: de la tierra de sus destierros los sacaré, y á la tierra de Israel no vendrán; y sabréis que yo soy Jehová.” Ezequiel 20:34 al 38.

Desde 1917 hasta 1929 los judíos que comenzaban a regresar a Israel (huesos y tendones que vuelven a unirse) fueron atacados contantemente por los países vecinos, pretendiendo retirarlos de la tierra que consideran suya. El 14 de mayo de 1948 el estado de Israel es proclamado una nueva nación, por las Naciones Unidas, cumpliéndose así, la palabra. “Y les dirás: Así ha dicho el Señor Jehová: He aquí, yo tomo á los hijos de Israel de entre las gentes á las cuales fueron, y los juntaré de todas partes, y los traeré á su tierra: Y los haré una nación en la tierra, en los montes de Israel; y un rey será á todos ellos por rey: y nunca más serán dos naciones, ni nunca más serán divididos en dos reinos”. Ezequiel 37:21-22

Israel desde entonces va tomando forma (toma su carne y piel) y aunque vive en una tensión militar, muchos judíos comienzan a regresar a su nación.
"He aquí que yo los reuniré de todas las tierras a las cuales los eché con mi furor, y con mi enojo e indignación grande; y los haré volver a este lugar, y los haré habitar seguramente". Jeremías 32:37-38

El pueblo judío fue restaurado, y la nación comenzó a habitar nuevamente con seguridad, a pesar de los conflictos.Desde la proclamación del Estado de Israel en 1948, millones de judíos han regresado a su tierra entre 1948–1951: Más de 700,000 judíos llegaron en los primeros tres años, muchos de ellos sobrevivientes del holocausto y comunidades expulsadas de países árabes.Judíos de Europa del Este y la antigua llamada Unión Soviética emigraron en grandes números, especialmente en los años 70 y 90. Comunidades enteras de Etiopía fueron trasladadas en operaciones especiales como Operación Moisés (1984) y Operación Salomón (1991). La estimación acumulada después de 1990 es de más de 2 millones de judíos retornando a Israel desde distintas partes del mundo, siendo la ola postsoviética la más numerosa. Este retorno ha sido uno de los fenómenos migratorios más significativos del siglo XX y XXI.

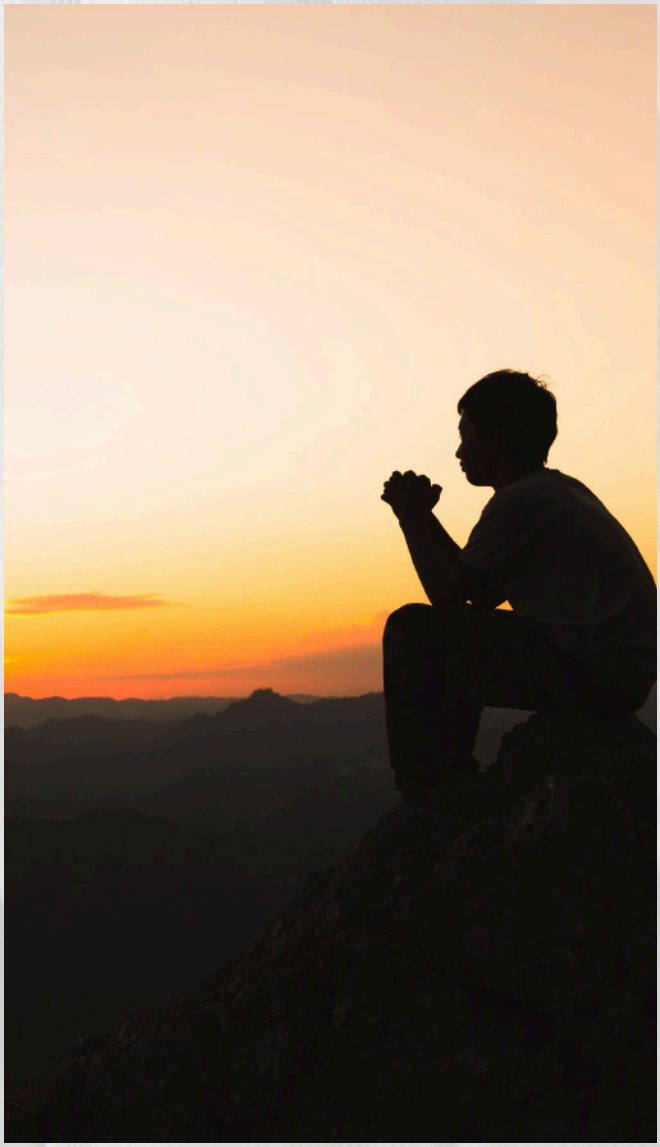
La profecía de los huesos secos define a Israel en un proceso de reconstrucción (huesos y tendones, carne y piel más espíritu) muestra que la restauración es progresiva y depende del soplo de Dios, siendo el espíritu el elemento que aún falta por completar para que este pueblo termine aceptando a Jesús como su salvador.
"Y derramaré sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalén, espíritu de gracia y de oración; y mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito". Zacarías 12:10

Ese valle de huesos secos del capítulo 37 del libro profético de Ezequiel es más que una visión: es una narración de esperanza para el pueblo judío que atraviesa la historia desde el exilio en Asiria y posteriormente en Babilonia, hasta la restauración moderna de Israel después de 1948, esta profecía nos adentra en la sequedad espiritual del pueblo hasta la segunda vida en Cristo, esta profecía anuncia que Dios reuniría a su pueblo, soplaría vida en ellos y los pondría nuevamente en su tierra. La profecía no solo habla de restauración espiritual, sino también de una identidad nacional renovada como el pueblo amado de Dios.

Paz a vosotros!
Min. Abel Cruz Garcia

EL VERDADERO ARREPENTIMIENTO

MIN. JULIÁN SANTIBÁÑEZ MORALES

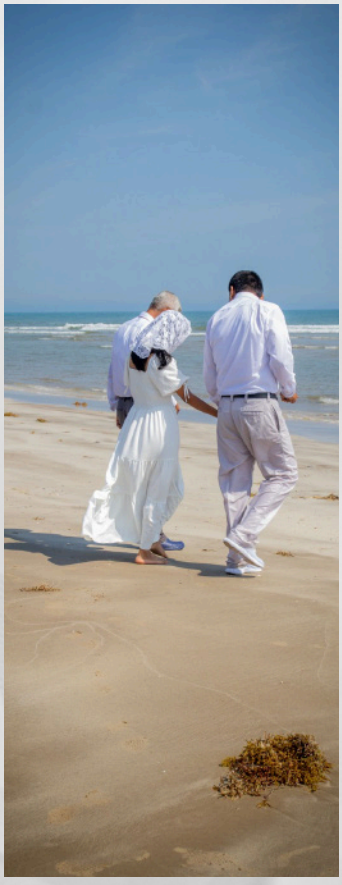


¿Cuál es el verdadero arrepentimiento que debemos experimentar para tener una perfecta renovación?

Lograr un estado emocional y espiritual óptimo en nosotros implica llevar un verdadero cambio de vida, totalmente transformada, dedicada a Dios por medio de nuestros actos y, sobre todo, respaldada con nuestra manera de vivir, que ha dejado el viejo hombre que vivía en los deseos del error.

El apóstol Pablo nos dice: ***«Porque el dolor que es según Dios, obra arrepentimiento saludable, de que no hay que arrepentirse; mas el dolor del siglo obra muerte»*** (2ª. Corintios 7:10). Comprendemos que un verdadero arrepentimiento es aquel que transforma nuestra vida y, en consecuencia, produce frutos agradables para nuestro Dios: «arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados» (Hechos 3:19).

Debemos considerar que un arrepentimiento genuino implica reconocer nuestros pecados, confesarlos a nuestro Dios, esperar su misericordia y perdón y, lo más importante, apartarnos de todo aquello que nos contamina, que desagrada y ofende a nuestro Dios, pues su palabra divina nos señala: ***«El que encubre sus pecados, no prosperará: Mas el que los confiesa y se aparta, alcanzará misericordia»*** (Proverbios 28:13). Debemos entender que el verdadero arrepentimiento comienza en nuestro corazón. Dios no busca solo cambios externos, sino un corazón humillado y sincero.



Recordemos lo que su palabra nos dice: «Cercano está Jehová á los quebrantados de corazón; Y salvará á los contritos de espíritu» (Salmo 34:18). También se añade: ***«Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado: Al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios»*** (Salmo 51:17).

Cuando nuestro ser se rinde y doblega a Dios, nuestra vida entera comienza a cambiar, y esto se demuestra con aquellos que nos conocen y con los que interactuamos en nuestro diario vivir. Nos mudamos en un nuevo hombre, una persona diferente a lo que antes éramos, pues el espíritu de Dios nos guía, nos gobierna, nos redarguye y nos lleva a novedad de vida por medio de su enseñanza y su palabra.



El verdadero arrepentimiento produce en nuestro ser una nueva manera de vivir. Aquel que se arrepiente de sus hechos pasados no sigue viviendo igual. La Biblia nos señala que por medio de Cristo Jesús, nuestro salvador, logramos tener una transformación total: ***«De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es: las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas»*** (2ª. Corintios 5:17). Esta nueva vida implica abandonar el pecado, caminar en total obediencia, dedicar nuestra vida a Dios y olvidar la vida pecaminosa.

El apóstol Pablo señala: «¿Pues qué diremos? ¿Perseveraremos en pecado para que la gracia crezca? En ninguna manera» (Romanos 6:1-2). Observemos que una vida dedicada a Dios se demuestra con hechos, pues nuestro arrepentimiento verdadero debe ser genuino y que esté siempre produciendo frutos visibles en la conducta diaria: «Haced pues frutos dignos de arrepentimiento» (Mateo 3:8).

Ahora no se trata de palabras, sino de una vida transformada que refleje a Cristo y sus enseñanzas en cada uno de nosotros. Debemos mostrar nuestras obras y actuar llenos de convicción y llenos de fe como aconseja su palabra (Santiago 2:17). Si no logramos el arrepentimiento en nosotros esto se hará notorio (Mateo 7:16). El hijo de Dios que logra el verdadero arrepentimiento ahora vive para hacer la voluntad de Dios, es decir, ya no vive solamente para sí mismo ni para agradecerse, ahora vive para agradar con una vida perfecta a Dios en todo. Esto lo experimentó el apóstol Pablo que fue un hombre perseguidor y asolador de la iglesia en su vida en el judaísmo y él mismo lo testifica (Gálatas 2:20). Por eso pedía a los hermanos tener un verdadero arrepentimiento (Romanos 12:1).

Entendemos que el propósito del arrepentimiento es la restauración del ser humano a una nueva vida agradable a Dios. Y con ello lograr una verdadera comunión con nuestro Hacedor, pues Él no quiere que muramos, sino que por medio de su enseñanza y palabra nos restauremos y así poder obtener vida (Ezequiel 33:11).



El apóstol Juan nos deja enseñanza por medio de su primera epístola, pues señala: «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados, y nos limpie de toda maldad» (1ª. Juan 1:9). Entendemos que el verdadero arrepentimiento transforma al ser humano desde lo más profundo de su corazón, lo aparta del pecado y lo conduce a una vida nueva dedicada a Dios. No es solo un momento emocional, sino una decisión diaria de vivir conforme a la voluntad de Dios y reflejar su amor a través de actos, obediencia y frutos visibles (1ª. Juan 2:6).

Tenemos una base sólida en la palabra de Dios, que nos deja una enseñanza de hombres y mujeres que experimentaron un gran pesar y dolor al fracasar espiritualmente; pero que lograron también un verdadero arrepentimiento que, sin duda, transformó sus vidas y que lograron el perdón y el amor tan grande de nuestro Dios.

Comenzaremos con el rey David, que experimentó un corazón quebrantado, pues adulteró con Bath-sheba, esposa de Urías Heteo (2ª. Samuel 11:1-27, 12:1-12). Dios envió al profeta Natán para hacerle saber al rey su mal proceder, su actitud y falta de temor, que obró de manera ligera y negligente en este asunto. El profeta tiene que señalar su error por medio de una parábola llena de enseñanza acerca del robo de aquella cordera y del legítimo dueño que fue muerto para poseerla. El rey recapacita y reconoce su gran pecado y experimenta un verdadero arrepentimiento (2ª. Samuel 12:13).



David narra su arrepentimiento profundo según leemos en el Salmo 51, donde evidencia un corazón verdaderamente quebrantado y arrepentido. Como resultado de ese verdadero arrepentimiento, David fue restaurado, aunque enfrentó consecuencias y al final de su vida reflejó un corazón conforme a Dios.



Otro ejemplo que la Biblia nos muestra es la vida del apóstol Pedro en el momento de negar al Señor Jesucristo tres veces. Pedro dijo que, aunque todos abandonaran al Señor Jesús, él nunca lo haría, pues estaba dispuesto a ir a la cárcel y aún a morir por Él; pero el Señor le profetiza que antes de que el gallo cantara lo habría negado tres veces, lo que mostraría la vulnerabilidad del ser humano, pues por el miedo todo esto tuvo cumplimiento en su totalidad.

Sus palabras fueron: ***«No sé lo que dices», «No conozco al hombre»*** (Mateo 26:69-79).

Pedro, al recordar las palabras del Señor Jesús, salió fuera y lloró amargamente. El Señor le restaura con amor y misericordia y le hace la recomendación: ***«Mas yo he rogado por ti que tu fe no falte: y tú, una vez vuelto, confirma á tus hermanos»*** (Lucas 22:32).

Pedro nos muestra un dolor sincero por haber faltado al Maestro; pero el Señor lo restaura haciéndole el llamado: ***«apacienta mis ovejas»*** (Juan 21:15-17). El apóstol se convirtió en un líder y un predicador poderoso del evangelio (Hechos capítulo 2). Y entre muchos ejemplos podemos ver la vida del apóstol Pablo que de ser perseguidor y heridor de la iglesia se convirtió en siervo del Señor Jesús.

Mostró con hechos y con su vida misma que realmente amaba a Dios y al Señor Jesús. La palabra de Dios nos muestra que Pablo perseguía y encarcelaba a nuestros hermanos. Incluso aprobó la muerte de Esteban (Hechos 8:1). El Señor Jesús le apareció en el camino a Damasco y su actuar y su vida habían cambiado por completo, pues el Señor le dice: ***«Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?»*** (Hechos 9:4).

Pablo reconoce su pecado, su error y se humilla delante de Dios. El mismo Pablo lo testifica: «Palabra fiel y digna de ser recibida de todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar á los pecadores, de los cuales yo soy el primero» (1ª. Timoteo 1:15).

Así vemos que el apóstol tiene una conversión, un verdadero arrepentimiento. Ahora él dedica su vida por completo al servicio de Dios y fue usado poderosamente para llevar el evangelio a los gentiles (Hechos 9:15-16).



Pablo sufrió por amor a Dios y a Cristo de una manera sorprendente, pues tenemos su vida y sufrimientos como un ejemplo a seguir (2ª. Corintios 11:24-31). Así tenemos varios ejemplos a seguir como aquel hombre de estatura pequeña llamado Zaqueo (Lucas 19:2-9) y muchos otros más.

Si queremos alcanzar las promesas de nuestro Dios, seamos firmes y permanentes, acatemos y observemos los mandamientos de nuestro Dios. Que estas líneas sirvan para mejorar nuestras vidas. Recordemos que Cristo vino y murió por darnos vida (1ª. Pedro 4:1-3). Tengamos todos ese verdadero arrepentimiento, que no quede solo en palabras ni emociones pasajeras, sino que lo demostremos con una vida transformada, reconociendo nuestras faltas y humillándonos delante de Dios para consagrar nuestra vida en obediencia, fe y amor, con nuestro corazón realmente arrepentido. Que este corto mensaje nos motive a examinar nuestra vida y volvernos sinceramente a Dios.

Que reflejemos con nuestro actuar que ahora la enseñanza del Señor Jesús y su inmenso amor vive en nosotros y que nuestros frutos realmente sean verdaderos frutos de arrepentimiento.

!Paz a vosotros!
Min.Julian Santibañez Morales

¿QUE BIEN HARE PARA La Vida ETERNA

MIN. ANASTASIO CABREARA PORCAYO

En esta ocasión abordaremos este importante tema, en una de tantas veces que nuestro Señor predicaba la palabra del Padre celestial, fue abordado por un joven que se cree tenía muchas posesiones. Según lo escrito en Mateo 19:16, realizó el siguiente cuestionamiento: «¿qué bien haré para tener la vida eterna?». Una pregunta que implica muchas cosas de las cuales le responde con toda claridad el divino Maestro. Veamos la respuesta y analizaremos qué tanto implica hacer para obtener la vida eterna: ***«si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos. Dícele: ¿Cuáles? Y Jesús dijo: No matarás: No adulterarás: No hurtarás: No dirás falso testimonio: Honra á tu padre y á tu madre: y, Amarás á tu prójimo como á ti mismo»*** (Mateo 19:17-19). Como podemos darnos cuenta la respuesta es muy amplia y requiere de entendimiento en nosotros para saber que no solo basta decir «yo guardo los mandamientos», sino que se requiere demostrar el verdadero amor a Dios y al prójimo para lograrlo.

En esa respuesta del hijo de Dios se puntualizan cinco de los mandamientos. Específicamente del decálogo de la ley de nuestro Dios. Como sabemos, la ley de Dios consta de diez mandamientos, los cuales tienen un lugar espiritual y moral para la conducta de los hijos de Dios. Los primeros cuatro mandamientos son para tener una buena relación espiritual con nuestro Dios, y los otros seis son para tener una buena relación espiritual y moral con nuestros prójimos y semejantes.

El Señor Jesucristo añade un mandamiento que Dios dio por medio de Moises que dice:

Amarás
A TU PRÓJIMO COMO A TI MISMO

como leemos en Levítico 19:18.

El hijo de Dios puntualizó estos mandamientos para hacernos ver y entender que debe existir una verdadera relación espiritual y moral hacia nuestro prójimo. Quiere decir que se debe mostrar con obras ese amor hacia los demás, y no solamente decir «yo amo a mi prójimo». Veamos: en otra ocasión le hicieron otra pregunta a nuestro Señor Jesucristo, que está bastante relacionada con lo que venimos analizando, y fue cuando uno de los fariseos le preguntó: «Maestro, ¿cuál es el mandamiento grande en la ley? Y Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y de toda tu mente. Este es el primero y el grande mandamiento. Y el segundo es semejante á éste: Amarás á tu prójimo como á ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas» (Mateo 22:36-40).

¿Cómo se muestra el Amor a Dios?

«Si me amáis, guardad mis mandamientos» (Juan 14:15).

El Señor Jesucristo nos deja ver aquí que la única manera de mostrar amor a Él y a Dios, es una obediencia fiel e íntegra de sus mandamientos, y, claro está, también se refiere a toda su enseñanza (Juan 14:21, 23-24)

¿Cómo se muestra el Amor al prójimo?

Seguramente aquel joven debió pensar rápido sobre esto último, y expresó: «Todo esto guardé desde mi juventud: ¿qué más me falta?» (Mateo 19:20). Pero el Señor Jesús le responde: «Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo á los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme» (Mateo 19:21).

Ahora nos preguntemos, si aquel joven hubiera contestado: «la mitad de mis bienes doy a los pobres, y si en algo he defraudado, he aquí lo devuelvo con el cuarto tanto», ¿creemos que el Señor Jesús aceptaría esa voluntad de ayudar? Claro que sí. Él no desprecia a quien con corazón sincero da lo que tiene para beneficio de los demás.

El amor al prójimo es compasión hacia el que está en desventaja, al que necesita de nosotros, es ser movidos a misericordia, es ayudar, auxiliar, proveer. Un claro ejemplo lo encontramos en Lucas 10:33-35. En esta parábola el samaritano fue movido a misericordia al ver a aquel herido, e inmediatamente lo auxilió. Hizo lo que realmente se tenía que hacer y nos brinda uno de los más grandes ejemplos de lo que es realmente el amor al prójimo.

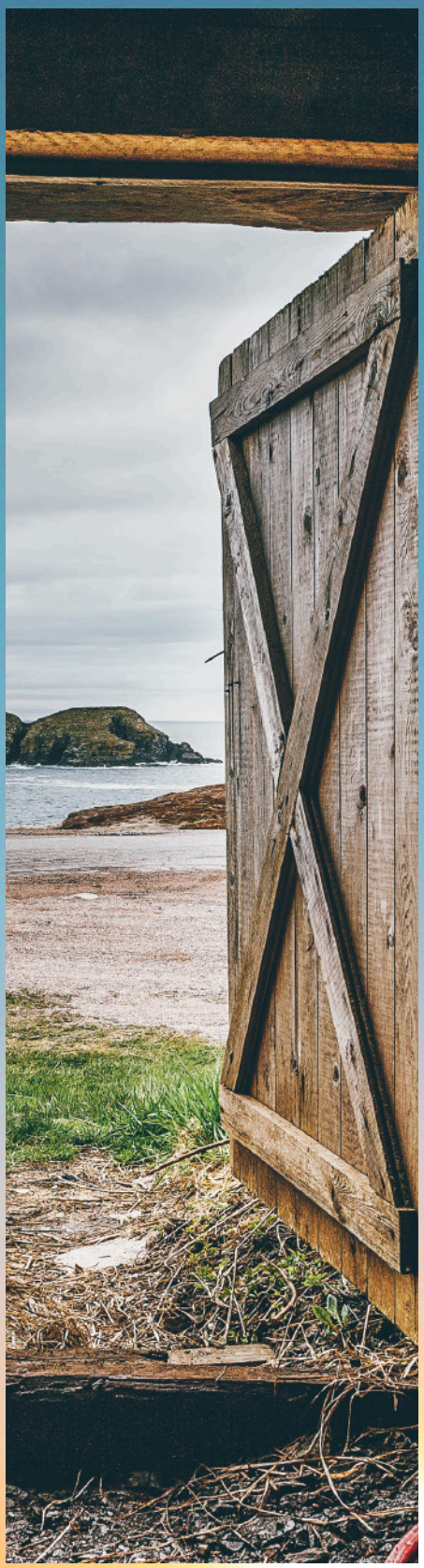
El apóstol Juan en su primera carta nos dice lo siguiente: «En esto hemos conocido el amor, porque él puso su vida por nosotros: también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos. Mas el que tuviere bienes de este mundo, y viere á su hermano tener necesidad, y le cerrare sus entrañas, ¿cómo está el amor de Dios en él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de obra y en verdad» (3:16-18).

Entonces, ¿cómo obtener la vida eterna? 1) Se basa en la práctica movida por un amor profundo a Dios, primeramente, guardando sus mandamientos y su palabra. 2) Se basa en la práctica movida por un amor profundo hacia nuestros semejantes, mayormente los domésticos de la fe, hacer lo que realmente ayuda a nuestros semejantes.

Seréis verdaderamente

Libres

El 18 de diciembre de 1865 se proclamó oficialmente la decimotercera enmienda de la Constitución de los Estados Unidos, que declaró abolida la esclavitud. Con aquel acto, miles de personas fueron reconocidas legalmente como libres. Sin embargo, la proclamación no transformó de inmediato la mentalidad ni la realidad práctica de todos ellos. Después de años de vivir bajo opresión, muchos continuaban actuando como esclavos, no porque la ley los siguiera sujetando, sino porque la condición de esclavitud aún dominaba su forma de pensar y de vivir.



Esta realidad histórica ilustra una verdad espiritual muy profunda. La palabra de Dios presenta el pecado como una forma de esclavitud que domina, somete y gobierna al ser humano. El apóstol Juan lo expresa de manera categórica: ***«Cualquiera que hace pecado, traspasa también la ley; pues el pecado es transgresión de la ley»*** (1ª de Juan 3:4). El pecado no es simplemente un error aislado, es una condición de rebeldía en la que el hombre se resiste a seguir viviendo.

Así como hubo quienes continuaron viviendo en esclavitud aun teniendo toda la posibilidad legal de ser libres, hoy también existen personas que, habiendo recibido la oportunidad de libertad del pecado por medio de nuestro Señor Jesucristo, permanecen en su práctica. La liberación ha sido ofrecida, pero muchos eligen seguir bajo el dominio de aquello que ya no debería gobernarlos. La Escritura declara: ***«Mas ahora, librados del pecado, y hechos siervos á Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y por fin la vida eterna»*** (Romanos 6:22).

El objetivo de este breve escrito es definir con precisión qué es el pecado, de qué manera se puede vivir en esta condición y comprender por qué nuestro Dios lo aborrece.

¿QUE ES EL PECADO?

Primeramente, es indispensable comprender con claridad qué es el pecado, y definirlo conforme a la Escritura, no según percepciones u opiniones humanas. La autoridad para establecer su significado no proviene de criterios personales, sino de la palabra de Dios.

La Escritura declara: ***«...el pecado es transgresión de la ley»*** (1ª Juan 3:4). Esta definición es precisa y categórica. El término transgresión implica infringir, violar o pasar por alto una norma establecida. En el contexto bíblico, significa desobedecer deliberadamente la instrucción divina. No se trata simplemente de una falta accidental o de un error involuntario, sino de una acción consciente que contradice la voluntad de Dios.

El pecado, por tanto, es una actitud de rebeldía contra la autoridad del Creador. Es colocarse fuera del orden que Él ha establecido. Esta rebeldía produce de inmediato una ruptura en la relación entre Dios y el hombre. El profeta Isaías lo expresa con claridad: ***«Mas vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar su rostro de vosotros, para no oir»*** (Isaías 59:2).

El pecado no solo constituye una falta general si no que genera una separación espiritual. En consecuencia, una persona que vive día tras día en condición de pecado permanece en constante resistencia a Dios. Su vida se caracteriza por una oposición continua a su voluntad, lo cual mantiene abierta la brecha que el pecado produce en la comunión con Él.

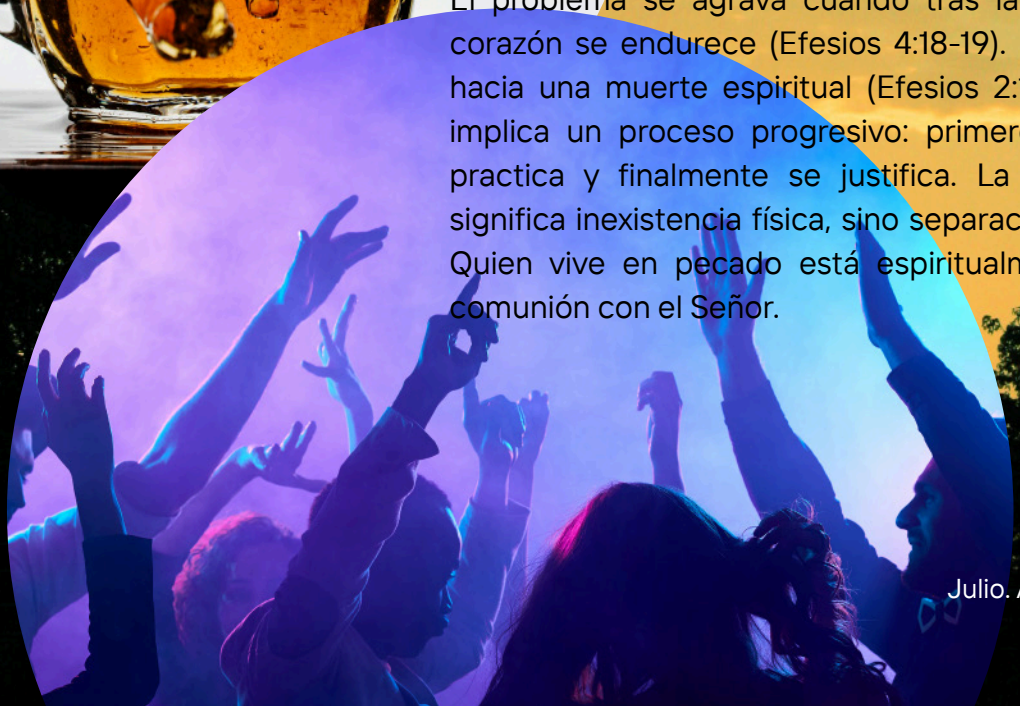


¿COMÓ SE VIVE EN ESA CONDICIÓN?

Después de definir el pecado, es necesario comprender cómo se manifiesta en la vida práctica. El apóstol declara: ***«Cualquiera que hace pecado, traspasa también la ley; pues el pecado es transgresión de la ley»*** (1ª Juan 3:4). La expresión «hace pecado» implica acción habitual. No se refiere simplemente a una caída ocasional, sino a una práctica constante. Vivir en condición de pecado significa adoptar la desobediencia como estilo de vida.



El mismo apóstol Juan lo advierte: ***«El que hace pecado, es del diablo; porque el diablo peca desde el principio»*** (1ª Juan 3:8). Aquí se evidencia que la práctica persistente del pecado revela una influencia espiritual plenamente en contra de Dios. El Señor Jesucristo enseñó claramente que el pecado no solo se practica, también esclaviza (Juan 8:34). Quien vive en él pierde libertad espiritual y queda sujeto a un dominio que gobierna sus decisiones. El apóstol Pablo amplía esta verdad (Romanos 6:16). La condición de pecado se caracteriza por una sumisión voluntaria que va abiertamente en contra de la voluntad divina: es una esclavitud.



El problema se agrava cuando tras la práctica cotidiana el corazón se endurece (Efesios 4:18-19). Finalmente direcciona hacia una muerte espiritual (Efesios 2:1). La vida de pecado implica un proceso progresivo: primero se tolera, luego se practica y finalmente se justifica. La muerte espiritual no significa inexistencia física, sino separación de la vida de Dios. Quien vive en pecado está espiritualmente apartado de la comunión con el Señor.

¿POR QUÉ DIOS ABORRECE EL PECADO?

Comprender por qué Dios aborrece el pecado es fundamental para dimensionar su gravedad. No se trata de una reacción arbitraria ni de una severidad desmedida; el aborrecimiento de Dios hacia el pecado tiene su fundamento en su propia naturaleza, en su justicia perfecta y en su amor santo. Dios es absolutamente santo. La Escritura lo declara: «Y este es el mensaje que oímos de él, y os anunciamos: Que Dios es luz, y en él no hay ningunas tinieblas» (1ª Juan 1:5). La santidad de Dios implica pureza moral perfecta, ausencia total de maldad y separación absoluta del pecado. También los profetas lo afirman: ***«Muy limpio eres de ojos para ver el mal, ni puedes ver el agravio: ¿por qué ves los menospreciadores, y callas cuando destruye el impío al más justo que él»*** (Habacuc 1:13). Esto no significa que Dios ignore el pecado, sino que su naturaleza es incompatible con Él. El pecado es contrario a todo lo que Dios es. Por tanto, lo aborrece porque es opuesto a su carácter.

Asimismo, Levítico 19:2 establece el principio divino: ***«Santos seréis, porque santo soy yo Jehová vuestro Dios»***. El estándar no es humano, es la santidad misma de Dios. El pecado viola ese estándar y, por ello, es objeto de su rechazo.

Dios aborrece el pecado no solo por lo que es, sino por lo que produce.

El pecado trae consecuencias devastadoras (Romanos 6:23) y Santiago 1:14-15 describe su proceso destructivo.





La medida del aborrecimiento divino hacia el pecado se manifiesta en el costo de la redención. Pedro declara: ***«Sabiendo que habéis sido rescatados de vuestra vana conversación, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro ó plata; Sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación»*** (1ª Pedro 1:18-19). El pecado no podía ser ignorado ni simplemente pasado por alto, exigía expiación (Romanos 5:8). Si el pecado no fuera aborrecible delante de Él, no habría sido necesario un sacrificio tan alto.

Así como en la historia hubo quienes permanecieron en mentalidad de esclavitud aun después de haberse proclamado su libertad, hoy también el hombre continua voluntariamente bajo el dominio del pecado, pese a que Cristo ha provisto redención. La Escritura nos ha mostrado que el pecado es transgresión de la Ley (1ª Juan 3:4), que produce separación de Dios (Isaías 59:2) y que su paga es muerte (Romanos 6:23); por ello, Dios lo aborrece, porque es contrario a su naturaleza santa y destruye al ser humano. Comprender esta verdad debe conducirnos a una decisión firme de abandonar toda práctica de pecado y vivir en la libertad que el Señor ofrece (Juan 8:33-34, 36).

Paz a vosotros!

Min. Anastacio Cabrera Porcayo

¿Qué espera Dios de mí y cuánto necesito para cambiar?



MIN. DAVID DZUL BRITO

Se ha venido estudiando, paso a paso, cómo debe ser nuestra actitud, y nuestra forma de ser, cómo debemos actuar y cuál es la relación que debemos tener con las personas que nos rodean y especialmente con nuestra propia familia.

En esta ocasión analizaremos una parte acerca de nuestra responsabilidad con Dios, basándonos en la pregunta: ¿qué espera Dios de mí? La Biblia nos responde: «Ahora pues, Israel, ¿qué pide Jehová tu Dios de ti, sino que temas á Jehová tu Dios que andes en todos sus caminos, y que lo ames, y sirvas á Jehová tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma» (Deuteronomio 10:12). Aquí encontramos cuatro cosas muy importantes para todo hijo de Dios, que debemos cuidar muy bien y poner por obra:

1. Tener temor a Dios.

¿Pero qué es el temor a Dios?

Según Proverbios 8:13 el temor a Dios es aborrecer el mal. ¿Y qué clase de mal?, podemos decir que toda clase de maldad, pues debe ser alejada, desechada o apartada del corazón, y aun de nuestro pensamiento, que debemos aborrecer la soberbia, la arrogancia, el mal camino y la boca perversa, etc.

Para apartarnos del mal camino debemos santificar nuestras vidas, dejando a un lado todas las costumbres que antes teníamos. Pues si no lo hacemos, significa que todavía no hemos aprendido a vivir en el verdadero temor de Dios.

2. Andar en todos sus caminos.

Esto significa que debemos ser como Él, debemos actuar como Él actúa, hacer lo recto, lo justo, pues la Biblia lo dice (Oseas 14:9).

También quiere decir que se trata de una persona que está llena del conocimiento de Dios, que sabe cómo debe actuar o cómo debe responder en cualquier circunstancia y siempre que tenga que tomar una decisión lo hará de manera recta y justa, sin apartarse de Dios, esta es una persona con principios (Salmo 18:21).

3. Amar a Dios.

¿Cómo se puede amar a Dios? ¿De palabra o de verdad?
Todos podemos decir que amamos a Dios y demostrarlo (1 Juan 4:20-21).

La mejor forma de amar a Dios la mostramos en nuestra actitud y relación que tenemos con nuestros semejantes, en la forma que le expresamos nuestro afecto a los demás, la preocupación que sentimos por los demás cuando sabemos que tienen algún problema, el sentimiento que nos embarga cuando vemos la necesidad de nuestro hermano o hermana y si hacemos algo para ayudar a nuestro prójimo, esto es demostrar el amor de Dios que hay en nuestro corazón.

4. Servir a Dios con todo tu corazón y con toda tu alma.

Esto es muy importante en la vida de todo creyente, pues nuestro Dios quiere que todas las cosas que hagamos sean de todo corazón, de manera voluntaria, que nadie nos fuerce a que hagamos las cosas por obligación, que nadie tenga que decirnos qué debemos cumplir. Por ejemplo, asistir a la iglesia, hacer oración, ayunar, diezmar, guardar el sábado, etc.

Dios no obliga a nadie a la fuerza, lo que Dios quiere es un corazón voluntario lleno de alegría, gozo y felicidad, Él quiere que todos sus hijos y sus hijas sean felices en su servicio, en su adoración (Salmo 100:2). El libro de 1 Crónicas 28:9 también nos menciona que procuremos servirle con un corazón perfecto y ánimo voluntario.

Haciendo un breve resumen, podemos decir que Dios quiere de nosotros:
1. Temor.
2. Andar en sus caminos.
3. Amarlo.
4. Servirle de todo corazón

Hemos comprendido la importancia de hacer un cambio en nuestra forma de vivir, de pensar, de actuar, que nuestra forma de ser necesita un verdadero cambio, una renovación o regeneración. Sin embargo, la pregunta ahora es: ¿cuánto tiempo necesitamos para cambiar? La respuesta cada uno de nosotros la tenemos en nuestras manos, si hemos llegado a la conclusión de que necesitamos un cambio verdadero, si estamos convencidos de que esto es lo mejor para ti y para mí, es ahora o nunca que tomaremos esa decisión, pues deberemos elegir, en seguir como hasta ahora hemos seguido, en ser la misma persona que siempre hemos sido o en realizar una verdadera transformación, un cambio en nuestra vida, en todo nuestro ser, tanto material como espiritual, ya que esto significa que deberemos empezar un proceso muy largo de renovación, que no será de la noche a la mañana, sino que llevará cierto tiempo.

Según la personalidad, los hábitos, costumbres, y el carácter de cada persona, este proceso puede durar mucho o puede ser muy rápido. La Biblia nos dice: «Mas la senda de los justos es como la luz de la aurora, Que va en aumento hasta que el día es perfecto» (Proverbios 4:18).
Lo más difícil es empezar este proceso, de un día tener la firme decisión para hacer este cambio, pues mucha gente deja esto para mañana y pospone siempre este asunto, porque no se decide, porque no quiere, porque tiene miedo de cambiar o porque no le concede una importancia especial a su salvación personal.

Por esto nosotros debemos comprender que el hombre que no ha recibido a Dios en su corazón es un ser lleno de imperfecciones, un ser carnal, que necesita ser transformado, que necesita ser renovado, para alcanzar algo mejor, algo que ya no será pasajero, algo que nos dará una felicidad verdadera, una paz espiritual, una promesa de redención y de vida eterna. Pero quizás hemos pasado mucho tiempo buscando otras cosas, preocupándonos por cómo obtener cosas materiales y alcanzar la satisfacción personal. Sin embargo, la Biblia nos dice: «Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas» (Mateo 6:33).

¿Y cuándo puede ser el momento ideal para empezar?

Hoy es el día más indicado, porque quizá mañana nunca llegue y podría ser demasiado tarde. Miremos lo que nos menciona el profeta Isaias: «Porque el sepulcro no te celebrará, ni te alabará la muerte; Ni los que descienden al hoyo esperarán tu verdad. El que vive, el que vive, éste te confesará, como yo hoy: El padre hará notoria tu verdad á los hijos» (38:18-19). Esta podría ser la única oportunidad que tendremos, no la desperdiciemos. Él nos llama, respondamos a su llamado (2 Corintios 6:2, Apocalipsis 3:20).

!Paz a vosotros!
Min. David Dzul Brito

AVISOS
CONSISTORIO





